

Bibliografía

VISION Y REVISION DE LA SOCIOLOGIA DE LA CIENCIA

R.K. Merton y J. Gaston (editores), *The Sociology of Science in Europe*, The Southern Illinois University Press, Carbondale, 1977, 383 páginas

Si se acepta la afirmación de Mulkay (p. 247), de que en Inglaterra la sociología de la ciencia se encuentra en “su infancia”, se podría afirmar que en América Latina apenas ha nacido. Y aun de esta premisa algunos dudarán gravemente, pues piensan que de momento sólo existe el embrión. Acaso la duda sea justificada, pues en este horizonte regional no se atisban los factores y los personajes que ha impelido en general el florecimiento y la institucionalización de este menester sociológico. Antes al contrario, advertimos sombras danzantes y esperanzas sepultadas causadas por bruscas discontinuidades en el estudio sistemático de la ciencia como institución social. Pero tales discontinuidades —ahora lo sabemos gracias a esta obra— no son peculiares de América Latina. Se han presentado en Francia, Italia, Polonia y los países escandinavos, aunque en otros planos y con otros antecedentes.

Así, este libro consuela y estimula a la vez. Su propósito es esclarecer problemas, requerimientos y ramificaciones de la sociología de la ciencia en un continente que, a pesar de la ecuménica y galopante americanización, está estructuralmente cerca de Latinoamérica. De aquí el interés de esta antología.

R. K. Merton, venerable caudillo de esta disciplina, inicia el texto con una larga pieza de historia oral. Su penetrante análisis pone al descubierto el carácter transnacional de este quehacer, pues las primeras contribuciones a la historia, a la sociología y a la política de la ciencia pertenecieron al alemán Weber, al belga Sarton, y al ruso Sorokin; estas contribuciones toman forma y se reproducen en Estados Unidos, con Gilfillan, Ogburn y el propio Merton; y luego refluyen a Europa. Para el iniciado en estos temas, el trabajo de Merton es insoslayable; pero el lego tropezará con dificultades. Porque Merton supone que el lector *conoce* los símbolos y contenidos de su mundo intelectual, y se limita a recrearse con ellos con el propósito de precisar la identidad cognoscitiva y social de esta disciplina. Más que explicar, Merton recuerda factores que rigen las comunicaciones, los intercambios, las recompensas, las intrigas, y los nexos “sociométricos” dentro de la comunidad científica. Como resultado de indagaciones cuidadosas sobre la índole de estos factores, los sociólogos de la ciencia constituyen hoy una “escuela visible”, colectivamente aceptada, en particular desde el Congreso Mundial de Sociología que se llevó a cabo en Evian (1966).

Merton no deja de evocar a los “precursores ecuménicos” de esta ocupación: Marx, Saint Simon, Comte; y en un raptó de determinismo intelectual, sólo en parte justificable, sugiere que la elección de algunos de ellos involucra un compromiso intelectual hasta el presente (p. 9). Esta sería la “función latente” que presidiría la búsqueda de paternidades en la trayectoria de las ideas.

También pasa revista a los hitos intermedios: Mannheim, Sarton, Popper y Kuhn. Merton asegura que los principales temas y métodos de la sociología de la ciencia ya habían adquirido fisonomía propia en las décadas de los treinta y cuarenta; sin embargo, esta disciplina no despegó. “Faltaba un marco conceptual para absorber la estructura social y cultural de la ciencia,” dice Merton (p. 22).

Explicación parcial, por cierto. Primero, porque ese marco ya había sido delineado por el movimiento científico polaco *Nauka Polska* en los años veinte y, en especial, por Florian Znaniecki. Pero el idioma polaco no tenía —entonces y mucho menos ahora— la difusión del inglés. Segundo, Merton se desentiende de los factores estructurales que inhibieron a la sazón el avance de la sociología de la ciencia, factores que Monique Saint-Martin buceó en el caso francés (p. 266).

De todos modos, los señalamientos de Merton son luminosos. Sintetizan una vasta literatura sobre la transferencia de métodos, la “migración interdisciplinaria” de temas, la prosopografía (análisis de biografías colectivas), y el movimiento reciente hacia una métrica de la ciencia.¹

De profundo interés son las evaluaciones de Merton en torno a Sarton y su revista *Isis*, a K. Popper, quien fecunda la sociología y la filosofía de la ciencia con sus parábolas y paradojas prolijamente expuestas, y a T. Kuhn, el precipitante de una revolución intelectual con su clásico *La estructura de las revoluciones científicas*, que vio la luz en inglés en 1962 y en español (por el Fondo de Cultura Económica) algunos años más tarde. En especial se detiene en Kuhn, bien por el valor específico de este autor, bien porque a la larga podría hacerle sombra al propio Merton.

R. Klima y L. Viehoff contribuyen al libro con un escrito que describe la trayectoria de la sociología de la ciencia en Alemania Occidental y Austria. Se topan con hitos clásicos: Weber (Max y Alfred) y Plessner. También con otros menos conocidos, como Eulenburg, a quien consideran el primer sociólogo empírico de la ciencia. Para estos autores (y piénsese en la resonancia latinoamericana de esta premisa) la evolución de la sociología de la ciencia en Alemania está íntimamente ligada con la estructura y la suerte de la universidad. Si aquella disciplina no se desarrolló plenamente se debió a una filosofía sobre la última que negó el método experimental, abusó de las jerarquizaciones y de los juegos políticos, y pretendió desentenderse de los usos de la ciencia. La universidad alemana fue extremadamente pomposa, rígida e ideológica; despreció la investigación empírica y desaprovechó, así, oportunidades intelectuales. Más tarde el nazismo barrió con ella, con sus defectos y virtudes.

Después de la guerra, las preocupaciones de los sociólogos alemanes de la ciencia se concentraron en asuntos esecíficos: la tecnocracia, los poderes de la ciencia y la tecnología, la política de la ciencia. Sin abandonar la especulación, la sociología alemana empieza a rastrear problemas “pedestres”,

1. Sobre este último asunto véase la reseña sobre el libro compilado por Y. Elkana publicada en *Comercio Exterior*, vol. 29, núm. 4, México, abril de 1979, pp. 480-481.

como los grupos de presión en la ciencia, la formación y dinámica de las disciplinas, el caudal de recursos y apoyo social que la ciencia requiere, y otros temas. En este panorama, sobresale el grupo que se reúne en la Universidad de Bielefeld (p. 172 y ss.).

El capítulo polaco es fascinante. Tadeusz Krauze y sus colegas destacan los aportes de Znaniecki y de Ossowski. El primero propuso, como adelantamos, un marco conceptual para la sociología de la ciencia. Esta debería consagrarse al estudio pormenorizado del nacimiento y del itinerario de las disciplinas; a las intersecciones entre las mismas; a la dialéctica (escasamente comprendida hasta hoy) entre investigación básica e innovación tecnológica, y a las interacciones entre los símbolos y los resultados del quehacer científico. Ossowsky y su esposa definen, por su parte, ya en 1935, los objetivos y linderos de la ciencia de la ciencia. El vendaval bélico, las barreras lingüísticas, y los azares del "affaire Lysenko" desvanecen el relieve de estas contribuciones, hasta caer en el olvido. Sólo a partir de los años sesenta comienza un proceso de reconstrucción intelectual que lleva a redescubrirlas (p. 205 y ss.). Cabe indicar que en últimas fechas despuntan nuevas contribuciones, como las de Amsterdamski, quien se concentra en algunas flaquezas de Kuhn. Los autores de este capítulo valerosamente aceptan que los nexos entre la "superestructura" y la "subestructura" precisan mayor esclarecimiento e investigación (p. 218).

El artículo sobre Inglaterra es en cierta medida un contrapunto a la tradición estadounidense en las ciencias sociales. Escrito por Mulkay, pone énfasis en autores e ideas que se enfrentan al mundo mertoniano. Para estos ingleses, las funciones del hombre de ciencia son muy amplias; cambian y se transforman al calor de diferentes imperativos externos a la ciencia misma. Por lo demás, Mulkay indica que *también* en Inglaterra son débiles las relaciones entre los científicos industriales y los investigadores básicos, y que la explotación académica es una epidemia muy extendida.

El episodio francés es cubierto por Paul Frank. Insiste en que amplios segmentos de la comunidad científica francesa —excesivamente concentrada en París— son estériles. La separación entre las universidades y las *écoles normales*; las suspicacias del investigador respecto al Estado; el desinterés de las clases dominantes por la ciencia básica, y la politización excesiva de los intelectuales: éstas serían las raíces de un progreso científico desequilibrado. Sin embargo, Frank reconoce componentes de originalidad, obtenidos mediante una "diferenciación estructural de las disciplinas", es decir, la elección de temas donde la ventaja relativa francesa puede sacar partido (p. 269).

Además de las contribuciones de Monique de Saint Martin, Frank señala los estudios de Bourdieu y Passeron sobre ciencia, sociedad y Estado, y los de S. Moscovici sobre la dinámica de la vulgarización científica (p. 274 y ss.).

Los capítulos sobre la URSS (escrito por el eminente G. Dobrov), sobre Italia (de Filippo Barbano), y sobre los países escandinavos (de A. Janison) son flacos y escuetos. Como si no tuvieran nada que decir. Constituyen ligeras vestimentas que pretenden indicar que el rey *no* está desnudo. Pero no convencen: la sociología de la ciencia en esos países está todavía en una fase natal.

En síntesis, esta obra es un mapa interesante, multiforme, de la sociología de la ciencia en Europa. Sin duda, está adoptando otras preferencias que las conocidas en el contexto estadounidense. El libro pone frenos a exaltadas hipótesis sobre la ciencia como fenómeno universal y transnacional, pues coloca el acento en circunstancias nacionales que pueden estimularla o inhibirla. En este sentido, arroja luz no sólo sobre la configuración de las ciencias, sino sobre la estructura de las sociedades que les erigen a veces altares y refugios, y a veces tranquilos cementerios. E insistimos: esta dialéctica entre sociedad y ciencia tiene interés también para América Latina precisamente en la presente constelación de estrangulamiento interno y externo. *Joseph Hodara.*

INDIGENAS DE AMERICA LATINA, ARTE Y MISERIA

Varios autores, *Indianidad y descolonización en América Latina. Documentos de la Segunda Reunión de Barbados*, Editorial Nueva Imagen, México, 1979, 407 páginas.

"El indígena que conserva su cultura arcaica produce variedad de cosas; en piedra, en barro, en madera, en frutas, en fibras, en lanas, en plumas. Y no sólo produce: crea. En los mercados húmedos de México, de Guatemala, del Ecuador, del Perú, de Bolivia, pueden adquirirse a bajo precio obras maestras, equilibradas en su estructura, infalibles en la calidad y armonía de los colores."¹

Las anteriores palabras del americanista Pedro Henríquez Ureña, escritas hace 50 años, deben tenerse presentes al intentar definir el porqué del choque entre quienes han conservado su cultura y quienes intentan imponerles un criterio desarrollista, con todo lo que esto implica.

La conquista aplastó en gran parte las formas mayores de la cultura indígena en todo su esplendor. Empero, no pudo destruir en el indígena esa capacidad de abstracción que hace a una mujer diseñar un bordado tan complejo y rico como el arte barroco, o a un hombre crear todo un jardín tallado en un arcón de madera.

Esas "astillas", reflejos, por así decirlo, del arte azteca, maya, tarasco, inca o guaraní, no han desaparecido después de siglos del acoso de una aculturación, porque emanan de una actitud de reflexión, de observación, de creación, de la libre búsqueda de la representación simbólica que posee el indígena, a diferencia del pragmatismo vacío, artificial, nunca desprovisto de fines e intereses, que caracteriza al blanco y al mestizo.

Ensimismados en su tarea creativa, sólo obligados por la miseria en que los han sumido los otros, los que conocen el valor de una hora de trabajo, los indígenas acudirán a los mercados a vender una obra artística "a bajo precio", intentando escapar momentáneamente de las carencias que los asedian.

Al arte popular, a la artesanía, dedican numerosos indígenas actuales todo el interés de su sentido estético y religioso. Por otra parte, poseen el lenguaje nativo, que no es

1. Pedro Henríquez Ureña, *Europa América Latina*, Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, Buenos Aires, 1937, p. 184.

tan sólo la forma en que un mapuche, un inca o un maya dan los buenos días; es la vida diaria, la mímica, los gestos, los sonidos del discurso, todo aquello que el hombre lleva dentro del alma.

La pretendida humanización y, en muchos casos, la evangelización del indio no han sido, a través de los siglos, otra cosa que la mejor manera de hacerle aceptar la sujeción al régimen colonial primero y el despojo del sistema capitalista después.

En América del Sur, entre las selvas recónditas cuya riqueza es explotada por quienes llevan las riendas del "progreso", en las montañas y valles, o desperdigados en los barrios miserables de las ciudades, viven hombres, mujeres y niños herederos legítimos de las tierras de América. Aruacos, koguis, guajiros, guahibas, paeces, chamés, hunas, cholos, tumebos, sibundoyes, xavantes, bororos, parecis, apiakás, terenas, son unos cuantos de esos pueblos totalmente ignorados por quienes vivimos en las ciudades, pueblos víctimas de lo que Guillermo Bonfil Batalla, coordinador de la Serie Interétnica a la que pertenece esta obra, designa como "el memorial de la ignominia: reducción, esclavitud, aniquilamiento físico, desarraigo, represión intelectual, evangelización, mentira, censura, atentado permanente contra la memoria, contra la lengua, imposición, opresión, frustración, persecución, desprecio, discriminación, paternalismo, enajenación del presente, del pasado, de la visión del futuro, de la posibilidad de liberarse por ellos mismos".

Los medios de comunicación, que enlazan a todas las regiones del mundo, hicieron que hace poco menos de una década la atención internacional volviera a dirigirse a un problema tan viejo como la conquista de América: el continuo aniquilamiento de los pueblos indígenas.

En 1971 organismos tales como el Programa para Combatir el Racismo, del Consejo Mundial de las Iglesias, de Ginebra; la Universidad de Berna, Suiza, y la Universidad de las Indias Occidentales, Barbados, realizaron un simposio bajo la coordinación de Georg Grünberg y con la participación de antropólogos relacionados con la situación demográfica, social, política y económica de los grupos de América del Sur no Andina.

El documento más importante que surgió de dicha reunión es el llamado "Por la liberación del Indígena", más conocido como "Declaración de Barbados", que representa un llamado de alerta a los estados, a las misiones religiosas y a los antropólogos sobre la situación de los indígenas que sobreviven en América del Sur.

Seis años después, en julio de 1977, se realizó la reunión que se conoce como Barbados II, con la colaboración de los anteriores participantes y del Centro Antropológico de Documentación de América Latina A.C. (CADAL). En esta ocasión participaron activamente los representantes de nuevas organizaciones y movimientos indígenas de liberación, cuyas declaraciones, al lado de las de los antropólogos, hacen que el libro que se comenta sea doblemente interesante: cómo se ven a sí mismos los pueblos indígenas y cómo los ven los estudiosos defensores de quienes representan a las culturas autóctonas de América Latina.

Según Georg Grünberg las "minorías (o mayorías) étnicas superan en la actualidad a 30 millones de personas en América Latina". La mayoría son campesinos que viven en condiciones deplorables; sólo 1% se dedica aún a la caza, la pesca y a la recolección.

¿Qué es lo que ha logrado, durante siglos, esa persistencia de las comunidades indígenas tan lejanas del llamado por algunos autores espíritu americano surgido de la fusión de las sangres? Es la "conciencia étnica", escribe Miguel Alberto Bartolomé, "factor que ha posibilitado el mantenimiento de los rasgos distintivos lingüísticos, culturales y organizacionales de las etnias americanas, a pesar de su convivencia con sistemas que, durante siglos, han intentado destruirlas".

Destruirlas a cambio de lo que Jean Loup Herbert califica como la latinoamericanidad y que define como "una ideología reaccionaria". ¿Por qué esta afirmación? Porque "lo latino de América fue transmitido por los agentes de la colonización que pertenecían a los grupos desclasados, vagabundos, decadentes e incultos de sus países de origen".

Por un lado, con el "colonialismo español... la retórica, la escolástica, lo burocrático y estéril del Estado apostólico y romano". Por otro, "en la base del colonialismo franco-anglo-italo-alemán (en lo cultural, más que todo, franco-inglés), se dieron injertos truncados de imitaciones empobrecidas del liberalismo, romanticismo y positivismo. En la fase actual del colonialismo gringo, ni hablar de lo que pueda engendrar el whisky con olor a coca cola".

Afirma el antropólogo francés que "la única cultura, en realidad, es la del colonizado americano: el indio. El lleva la profunda dimensión histórica que califica a una civilización: la memoria, colectiva, fiel como un puño cerrado".

Jean Loup Herbert identifica "tres formaciones histórico-culturales radicalmente distintas", que son: 1) La de aquellos países "formados casi exclusivamente por transplantes de población europea", como Argentina, Uruguay, Chile y Costa Rica. 2) Aquellos en donde domina la población descendiente de esclavos africanos (con poca población americana a causa del exterminio), como los países del Caribe y Brasil. 3) Los llamados por Darcy Ribeiro "pueblos testimonios", los países andinos y mesoamericanos, "testigos auténticos de la historia completa del continente".

Sin embargo, en casi toda América Latina hay grupos que han permanecido relativamente aislados y conservan, por ello, sus propios esquemas culturales. Así ocurre, afirma Silvio Coelho dos Santos, en el sur de Brasil, en donde viven 7 809 indígenas pertenecientes a los grupos kaingang, xoleng, guaraní y xetá.

Escribe el antropólogo brasileño que el territorio del pueblo principal, el de los kaingang, era toda el área comprendida entre los ríos Uruguay e Iguazú. Además de someterlos "a un constante proceso de desintegración social, cultural y biológica", los portugueses utilizaron con éxito el enfrentamiento de indígenas contra indígenas. A los hombres los emplearon como mano de obra, desarticulando el sistema económico tribal, y a las mujeres como objeto sexual, contaminándoles enfermedades desconocidas hasta entonces por los indios.

Los xoleng dominaban toda la zona boscosa que cubre el área situada desde las cercanías de Porto Alegre hasta Paramaguá. Acosados y rodeados por las propiedades civilizadas, los xoleng tuvieron que abandonar la caza y se dedicaron a la recolección. Los invadieron las enfermedades, a causa del brusco cambio de la dieta alimentaria. La explotación de la madera y el palmito fue una de las causas para que los xoleng abandonaran sus actividades tradicionales. Además, con la destrucción de los árboles, desaparecieron la fauna, los frutos silvestres y la miel.

Los guaraníes viven como verdaderos marginados dentro de las áreas indígenas, sujetos a las ofertas de trabajo como jornaleros. Lo mismo los xetá, víctimas del más sangriento exterminio. Ocupaban el noreste del Paraná y eran nómadas que vivían también de la caza y los frutos silvestres.

En Paraguay, el grupo más numeroso de campesinos guaraníes "desde hace cuatro siglos están marginados y amenazados físicamente por la explotación y el manifiesto racismo causado por una ideología de tradición colonial contra el indígena".

Los mapuches de Chile y Argentina, herederos de los antiguos guerreros araucanos, poseen una lengua propia, una cultura artística, musical y religiosa. "La tierra (ma = hombre, puhe = tierra), era el elemento esencial de su subsistencia y organización"; para ellos posee un valor más profundo que el mero valor comercial, dirigido a la explotación. Los que quedan de ese pueblo de valientes araucanos viven en medio de la pobreza y el abandono, víctimas de todas las discriminaciones que les imponen los dueños de la industria y del comercio.

En Ecuador han sobrevivido 17 000 shuar o "jibaritos". A fin "de no ser borrados de los mapas, como pasó y está pasando a muchos de nuestros hermanos indígenas en el país y fuera de él", declara el dirigente de los shuar, formaron la Federación shuar y preservan los cantos, las leyendas, la caza y las demás manifestaciones de su cultura.

Antes de la llegada de los españoles a Guatemala, los indígenas trabajaban la tierra utilizando sistemas de rotación. Complementaban su alimentación con la caza y la pesca. Hoy todo pertenece a una minoría que ha heredado las propiedades de sus antepasados. Famosos por su riqueza artesanal, los indígenas de Guatemala padecen, en ese aspecto, la misma suerte que sus hermanos mexicanos.

Los guajiros y los paeces forman los mayores grupos indígenas de Colombia. En la actualidad se les explota en el cultivo y el comercio de la mariguana, "primer renglón económico de la Guajira", al igual que a los araucos, los koguis y los malayos. Todos estos indígenas viven dispersos en las fronteras con Venezuela, Brasil, Perú, Ecuador y Panamá, y al igual que en la mayoría de los países de América Latina, en Colombia la división de asuntos indígenas no hace nada por ayudarlos.

En Panamá, los kunas han acabado por ser meros artículos turísticos, como animales de zoológico encargados de divertir a los turistas yanquis y europeos; en Bolivia, los quechuas y aymarás conocen la más profunda explotación y represión.

Sin embargo, quienes se encuentran en el último peldaño de la escala social, incluso entre los propios indígenas, son las mujeres. "El proceso de aculturación han venido sometiendo a la mujer a un doble colonialismo en su condición de indígena y a causa de su sexo. El sistema oprime y destruye a la mujer en mayor grado que al mismo hombre, al mismo tiempo que el hombre indígena aculturado participa en el maltrato generalizado hacia la mujer". Por otra parte, la Iglesia, que siempre ha escogido a la mujer como el chivo expiatorio de todos los pecados del mundo, ha fomentado en la indígena una capacidad tal para el sufrimiento que llega a aniquilarla como ser humano. Es por eso que debería causar admiración el que algunas indígenas, como las llamadas *marías*, en vez de permanecer inmóviles contemplando cómo se destruye su familia y su pueblo, se lanzan a la ciudad, con los hijos auestas, para vender frutas o realizar cualquier cosa que pueda ayudarles a escapar de la miseria, aun enfrentándose al acoso de las autoridades y de muchos ciudadanos.

La llamada aculturación sólo ha traído males a los indígenas. Cuando se intenta integrarlos a la economía y al desarrollo, obligándolos a abandonar sus costumbres, su vestido y hasta su lenguaje, lo único que se logra es sumirlos en el desengaño y hacerles perder la única riqueza cultural que les queda. Al referirse al caso de México, Bonfil Batalla señala que "la emigración hacia las urbes, a las zonas de agricultura comercial y aun al extranjero, es la vía concreta para arribar a la ilusión del desarraigo".

Por otra parte, la política antiindia llega hasta el hábitat tradicional de los indígenas. De acuerdo con el testimonio de Vicente Mariqueo, dirigente indígena del pueblo mapuche de Chile, "con el establecimiento de la dictadura militar... se han devuelto casi tres millones de hectáreas a los latifundistas", mientras que durante el gobierno del presidente Allende, quien siempre escuchó las peticiones de los indígenas, se dictó la Nueva Ley Indígena que benefició a los estudiantes mapuches con 11 000 becas y multiplicó los hogares estudiantiles en Santiago, Temuco y otras ciudades. El comité de solidaridad mapuche declaró a *Le Monde Diplomatique* (París, julio de 1979), que la dictadura bloqueó la ayuda técnica y los créditos, suprimió las becas y los hogares estudiantiles. Además, privada de todo tipo de ayuda, la producción agrícola de las provincias de Malleco y Cautín, regiones mapuches, disminuye en forma alarmante.

Empero, hay algo peor. La Fundación Chol-chol, con sede en Washington, obtuvo la autorización de la dictadura para producir filmes, espectáculos televisivos y radiofónicos durante 99 años. Esto le otorga el poder de comercializar las expresiones culturales de un pueblo, de transformar al mapuche en un simple objeto de curiosidad, de despojarlo de su identidad, a fin de eliminarlo más rápidamente.

Y eso no es todo. "En un futuro cercano partirá el primer contingente de burgueses racistas de Zimbabwe-Rhodesia, Namibia y Sudáfrica hacia Uruguay, Argentina, Paraguay, Ecuador y Bolivia," se denunció en la reunión de Barbados II. "Este nuevo proyecto de invasión europea es una estrategia imperial que se suma a otras modalidades de dominación, arrinconamiento y expulsión de la población indoamericana."

En el caso de Uruguay, “en noviembre de 1978 *El País* dio la noticia de la llegada de la primera familia rodhesiana, y ese arribo coincide con otros registrados en los demás países de la región conosureña”, escribe Daniel Waksman Schinca en “Sudáfrica, el Cono Sur y la mentalidad bunkeriana” (*Cuadernos de Marcha*, núm. 1, México, mayo-junio de 1979, p. 101). “Se trata, por sobre todo, de blancos de cepa europea, por lo cual su incorporación encaja a las mil maravillas en el enfoque ideológico que se le da a la cuestión”, añade Waksman Schinca. Así, los blancos africanos pueden colaborar para impedir que los uruguayos, argentinos, peruanos, paraguayos y bolivianos terminen por ser devorados por las hordas negras o indígenas.

Primero, aniquilarlos, y si lo que se busca es colonizarlos, nada mejor que despojarlos de su lenguaje. “Un pueblo que haya perdido su lengua tiene grandes dificultades para definir su ser y su proyecto histórico”, se dijo en Barbados. Y esa labor ha corrido por cuenta de organismos tales como el Instituto Lingüístico de Verano, con más de 40 años de diseminar su ideología entre los indígenas. “Su gestión evangelizadora —se dijo en Barbados II— ataca los puntos claves del sistema social y cultural.” Desarrolla “una estrategia que apunta a la desintegración irreversible de los pueblos y culturas indoamericanos, que irrespetando la dignidad y los derechos humanos más elementales coadyuva al plan de recolonización acelerada del continente”.

Corresponde a los antropólogos progresistas escuchar y responder en parte al angustioso llamado de los pueblos indígenas por medio de publicaciones semejantes a la que se comenta. Durante una reciente reunión de historiadores y antropólogos celebrada en México, Bonfil Batalla declaró que “debería hablarse de una civilización panindígena, así como se habla de una civilización europea, sin considerar diferencias, contradicciones y niveles de desarrollo en el interior de dicha civilización”. “Las contradicciones internas de las culturas latinoamericanas —añadió el antropólogo mexicano— no ofrecen ninguna alternativa histórica real a esos pueblos basados en la moral, la ética, la solidaridad, el amor y el honor. Estos valores no tienen sitio en los sistemas occidentalizados, incluso en los revolucionarios, lo que conduce a que los propios indígenas los rechacen.”

En cuanto a nosotros, deberíamos volver más el rostro hacia la sensibilidad indígena, hacia aquellos que son los sucesores legítimos de quienes crearon todo lo valioso que tuvo nuestro pasado remoto, e imitar a los descendientes de los antiguos incas, que aún rechazan “la barbarie occidental, que se funda en los bestiales principios de que el hombre es el lobo del hombre y de que el hombre está en lucha con la naturaleza”. *Graciela Phillips*.

MEXICO PREHISPANICO, ECONOMIA E IDEOLOGIA

Pedro Carrasco, Johanna Broda *et al.*, *Economía política e ideología en el México prehispánico*, Editorial Nueva Imagen, México, 1978, 270 páginas.

Este libro es una coedición del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia

(CIS-INAH) y Editorial Nueva Imagen. Los señores Carrasco y Broda aparecen, asimismo, como editores, aparte de que compilaron trabajos diversos, entre los que figuran los suyos propios “La economía del México prehispánico” (Carrasco) y dos de Johanna Broda: “El tributo en trajes guerreros y la estructura del sistema tributario mexica”, y “Relaciones políticas ritualizadas. El ritual como expresión de una ideología”; dos trabajos de Frances F. Berdan: “Tres formas de intercambio en la economía azteca” y “Replicación [sic] de principios de intercambio en la sociedad mexica: de la economía a la religión”; “El sistema de mercado de Tenochtitlan”, por Edward E. Calnek, y “Transformaciones de la ideología mexica en realidad social”, por Mario Erdheim.

La tesis central de esta obra, desde los particulares puntos de vista de sus autores, parece ser la siguiente: la ideología, como resultante de la organización político-social del México prehispánico más reciente, condicionó su economía.

Es de rigor el estudio de todo el contexto político-social, como previo al de toda suerte de manifestaciones en una sociedad dada, ha dicho el arqueólogo Ruz Lhuillier, destacado mayista. No hacerlo equivale a estudiar sólo superficialmente los ornamentos o la suntuaria de una persona, sin investigar quién la lleva y por qué razones.

Hasta tiempos recientes la vida económica del Estado, la sociedad y los individuos mexicas se habían investigado, por medio de las fuentes reconocidas, de modo particular o aislado, sin ubicarlos dentro del marco integral investigado por la historia y la etnología. Sin duda esos estudios fueron de innegable utilidad y su carencia hubiera impedido llegar a los planteamientos actuales. Un buen día los etnólogos tuvieron que acudir a las fuentes históricas, las que venían soslayando como no adecuadas para los estudios de la actualidad, principalmente; empero, para comprender lo actual les fue preciso estudiar los antecedentes.

Asimismo se venía estudiando el pasado prehispánico, al través del lente ortodoxo de Occidente. Si no se le veía como un trasunto de las aportaciones de sus culturas en el nuevo continente, las propias de éste eran sólo inteligibles mediante el uso de modelos europeos.

Este volumen, que incluye trabajos dedicados al tema de la economía política y sus conexiones con la ideología, presentados en los seminarios de verano del CIS-INAH de los años 1975 y 1976, nos aporta nuevas perspectivas, alentadoras para llegar a comprender el mundo prehispánico, al través de la estrecha interrelación que presentan los diferentes aspectos de la vida social y cultural. “Debe contemplarse a las instituciones sociales como multifuncionales, es decir, que cada una de ellas intervenía, a la vez, en distintas esferas de actividad que, en la sociedad moderna, suelen considerarse en el campo de instituciones particulares”, afirman los compiladores.

Pedro Carrasco hace el ensayo de la economía prehispánica, tal como funcionaba en el llamado predominio del imperio azteca (1428-1521). También utiliza materiales de la época colonial temprana, por considerar que continúan las formas nativas anteriores. Parte de un esquema teórico y prosigue con los rasgos generales de la economía prehispánica: los factores de la producción —tierra y trabajo— bajo

el dominio del sistema político; el grupo doméstico, el barrio o calpulli; el palacio o tecpan; las obras públicas; la acumulación de los tributos; la circulación y distribución; el tráfico y el comercio local, sus conceptos teóricos; el tianguis y los mercaderes, y el modo de producción asiático en México.

El trabajo de Carrasco logra darnos una exposición sólida, puesta al día, sobre lo que pudo haber sido el sistema económico de la hegemonía mexicana, en la víspera de la llegada del hombre blanco. Se funda en las fuentes consagradas y desarrolla nuevas aportaciones para la explicación de hecho tan importante, a la luz de la teoría del modo asiático de producción, también llamado tributario.

La tributación al Estado, omnipresente en la vida económico-social, en sentido lato, según la trata el autor, es todo el sistema tributario, entendido a la moderna. Incluye los impuestos, los aprovechamientos y, desde luego, el tributo impuesto en sentido estricto, que a veces tiene su origen en la guerra. No es así, empero, en los otros autores de esta obra.

En esta monografía plena de perspicacia, tal vez haya faltado una parte dedicada al Estado mismo, como órgano político supremo y sus funciones en lo propiamente económico o relacionado con la economía, porque ésta precisamente tenía un marcado carácter político. Concluye Carrasco: "Creo haber demostrado cómo el análisis de la distribución de los medios de producción, de las relaciones de producción y, en general, de la organización de la producción prueban el carácter político de la economía prehispánica. La indudable importancia del mercado no niega tal caracterización. . . Por mucho que artesanías y comercio hayan sido parte de la economía urbana de las ciudades del altiplano, especialmente de Tenochtitlan, estas ciudades eran ante todo sede de una clase dominante que, como personal del gobierno, controlaba los principales recursos económicos y se apropiaba el excedente económico en forma de tributo. . ."

La aplicación por el doctor Carrasco de esta teoría del modo asiático de producción, o de producción de tipo tributario, aclara el debatido punto de si existía la propiedad privada de los instrumentos de la producción, porque resulta que no era ni propiedad (en el sentido romano con sus tres derechos implícitos: de disfrute, de uso y de abuso), ni privada, porque el Estado pudo siempre anular la privacidad, supuesto que hacía nula la propiedad de cualquiera por típicas "razones de Estado". Así era cuando los miembros del calpulli dejaban de cultivar la tierra por un período determinado; cuando los pilli hereditarios (tan intocables) o los señores ennoblecidos y los grandes mercaderes no sabían comportarse ceremonialmente, o cuando incurrían en otros delitos. La propiedad, pues, tenía una función social, en forma parecida a la que ahora consagra nuestra Constitución Política. La expropiación operaba de plano y sin indemnización alguna.

Esta cultura ritual, dentro de una sociedad estratificada pero no en función económica, era lo suficientemente poderosa en el aspecto social como para resolver a su favor cualquiera contradicción que se suscitara en su contra.

La indudable importancia del mercado aludido por Carrasco en sus conclusiones, nos inclina a comentar el trabajo de Calnek, precisamente sobre el sistema de mercado.

Edward E. Calnek afirma, con toda razón, que los tratadistas destacan generalmente el comercio a larga distancia, a costa de prestar poca importancia a los intercambios más rutinarios de los artículos de primera necesidad, de índole doméstica o similares.

El comercio interregional permitía recibir en las urbes, principalmente en México-Tenochtitlan, las materias primas que requería la producción artesanal de las ciudades-Estado, afirma.

Y era precisamente el Estado el contralor de todo el sistema de distribución que presuponía, a su vez, la existencia de un sistema muy elaborado de intercambios. El Estado y el mercado (lo acepta Carrasco) estaban plenamente institucionalizados y no se puede afirmar que uno u otro tuvieran mayor influencia en la vida de la ciudad. Aquél delegaba en el sistema mercantil funciones que le eran propias y más: ambos se articulaban en distintos niveles.

Este trabajo es sugerente porque se preocupa por un mayor análisis que no hicieron autores muy reconocidos y tradicionales de nuestro tiempo. Por ejemplo, los sistemas de abastecimiento alimentario de la gran metrópoli mexicana se establecían con las circunscripciones cercanas y no sólo con las ciudades-Estado cercanas, como él dice. La famosa chinampaneca, ocupada por toda la parte sur de la cuenca lacustre llamada Valle de México, comentamos nosotros, sobre dos grandes lagos —Xochimilco y Chalco— era suficientemente extensa y rica. Sus chinampas pudieron haber sufrido inundaciones considerables cuando estaban ancladas con pies derechos de sauce, pero no cuando flotaban. Además, fueron muy fáciles de reponer con elementos abundantes del mismo medio limnológico, como lo ha explicado el ingeniero Garay, director de Aguas del Valle de México a mediados del siglo pasado. Los agrónomos afirman, además, que la intensidad de cultivo de la chinampa daba un resultado semejante al de los terrenos arados a partir de la Colonia. Estos datos no los tuvo en cuenta Calnek.

Prosiguiendo con la materia del intercambio, Frances F. Berdan colabora con su monografía "Tres formas de intercambio en la economía azteca."

Advierte que este sistema económico se integraba con tres subsistemas institucionales: el tributo, el tráfico exterior y el intercambio mercantil. Este último se refiere al sistema de mercados que funcionaba en el interior del llamado imperio.

Los tres subsistemas, aunque separados, se unían para formar un sistema económico coherente que se relacionaba con otros aspectos de la estructura social. Su estudio, afirma la autora, ayudará a comprender los sistemas económicos de otros estados preindustriales y propone estudiar ese sistema en forma integral. Asimismo intenta analizar el tributo y el tráfico exterior, como estrategias políticas.

De su exposición se colige que Berdan alude al tributo en sentido lato: sistema de tributación (los impuestos, los derechos, los aprovechamientos, etc.). Se pagaban por medio del trabajo comunal, por la entrega de excedentes agrícolas pertenecientes al causante o conseguido por éste mediante intercambios. Afirma que se percibía un claro proceso de redistribución de este patrimonio público para necesidades

sociales, actividades administrativas y militares, mantenimiento de comunas, etcétera.

La autora hace aportaciones destacadas en los subtemas: correlación entre el tributo, el tráfico exterior y los mercados; el tributo, el tráfico exterior y el mercado de expansión imperial; los puertos de intercambio.

Fuera de estos trabajos (cuyo contenido es principalmente económico) se alinean los trabajos que tienen eminente relación con la ideología, según sus autores: de la economía a la religión, como réplica en ésta de los principios de intercambio (Frances F. Berdan); "El tributo en trajes guerreros y la estructura del sistema tributario mexicana" (Johanna Broda); las "Transformaciones de la ideología mexicana en realidad social" (Mario Erdheim) y, de la misma Broda, las "Relaciones políticas ritualizadas. El ritual como expresión de una ideología", todos incitantes y de sobrado interés.

El estudio de Erdheim, de la Universidad de Zurich, puede tomarse como marco de referencia para los restantes. Su punto de partida es la conocida tesis de Marx, la ideología es un producto de las relaciones sociales, para pasar a la tesis inversa, de qué manera la ideología influye en la sociedad.

Erdheim establece la metodología que le parece pertinente: habrá que analizar ante todo los datos ideológicos como representaciones de la conciencia azteca. En un segundo paso intenta descubrir los lazos de estos factores conscientes con las fuerzas objetivas. A renglón seguido ensaya el enfoque de fenómenos que participan lo mismo en la esfera económica que en la social y en la ideológica. Toma cinco segmentos de la cultura: el prestigio del poder político (de quienes lo ejercen); las relaciones entre mito y realidad; el por qué la sociedad cree en la veracidad de un mito o un producto ideológico; la justificación mítica de la guerra, y la legitimación del poder del tlatoani.

Son particularmente interesantes las justificaciones que asigna a la "guerra florida" que, comentamos, aparte de su significado ritual-religioso, debió estar fundamentada en un orden jurídico de tipo internacional —los tratados entre las partes que constituían aquella sociedad de naciones indias, como los había para otros objetivos. No sólo consistían, evidentemente, en reglamentación de tipo catártico para resolver las rivalidades, sino también en acuerdos para defensa mutua y para ayuda recíproca en caso de catástrofes, como el autor lo afirma.

Sobre el papel de la ideología en la disputa interna por el poder, la explica por medio del estudio inicial de algunas estructuras económicas: el intercambio en el que Frances Berdan, siguiendo a Polanyi, afirma que operaban tres sistemas: la reciprocidad, la redistribución (el tributo en cuanto servía para satisfacer necesidades públicas) y el comercio. Que la coexistencia de tales sistemas —afirma el autor— plantea varios problemas: cuál era el predominante, cuáles sus interrelaciones, el cómo de la intervención del principal en el juego de los otros, etcétera.

Considerando que las relaciones políticas internas estaban severamente ritualizadas, dentro de una estratificación social rigurosamente funcionalista, no había bases en la realidad histórica para cambios de calidad apreciables, en los tipos de

relaciones sociales más importantes. No había, pues, invasiones de jurisdicción y poder entre pochtecas-oztomecas (los dedicados al comercio a largas distancias) o los guerreros, contra lo que se ha venido afirmando desde Katz. Los modelos sociales eran muy precisos y el aparato de la justicia era notablemente eficaz para preservarlos.

En los fundamentos económicos de estas investigaciones parece que algunos autores ponen un poco de lado el concepto de hacienda pública, aunque ésta tuviera un capítulo muy importante: la aportación de tributos en sentido estricto, como secuela de las guerras. El llamado "imperio" azteca (tal vez mejor convenga calificarlo como hegemonía por medio de las ciudades-Estado, con peculiares principios: infiltración de los vencidos entre los vencedores, por ejemplo, mediante matrimonios, etc.) no vivía del tributo ni del comercio a larga distancia, sino fundamentalmente de su trabajo sobre la gran ecología limnológica del vasto Valle de México. Nunca habrían tenido tamemes suficientes para introducir a la metrópoli, los que hoy llamamos artículos de primera necesidad, y así lo acepta Carrasco.

En fin, todas estas aportaciones monográficas nos parecen fructíferas, con todo y que en la aplicación metodológica siempre haya la reserva siguiente: que el dato histórico a que se refiere sea incontrovertible a estas alturas. De haber controversia sobre un punto o cuestión históricos, se vuelve demasiado conjetural la interpretación etnológica.

Por otra parte, las exposiciones o traducciones apresuradas dan como resultado, en este libro, el uso frecuente de una prosa para iniciados, que deja en lugar secundario la claridad y propiedad del lenguaje.

Al común de los mortales (o de los macehuales), se nos ha venido diciendo que las ciencias sociales son pobres en terminología propia; que piden muchos préstamos a otras disciplinas. Empero, en el caso que examinamos, la etnohistoria padece de barbarismos (la sociedad "corporada", la viciosa expresión: tal cosa sucede "en base a"); galicismos como el término "corvea", del francés *corvée*, cuando tenemos el castizo "corvada"; el anglicismo innecesario: "replicación", en lugar de réplica o repercusión. Véanse las acepciones de ese término en inglés y todas tienen equivalente en la lengua de Cervantes. Dicho sea esto con el deseo constructivo de que la buena lengua ayude a la amplia difusión. *Luis Córdova*.

LA ESCLAVITUD Y EL CRECIMIENTO DEL CAPITALISMO MUNDIAL

Eric Williams, *Capitalismo y esclavitud*, Ediciones de Ciencias Sociales, La Habana, s.f., 253 páginas.

El libro que nos ocupa es traducción de una investigación, realizada en 1943, para obtener el grado de Doctor. Más de 20 años después, en 1964, se publicó en Inglaterra.

Sin duda, esta obra, vasta y detallada, constituye uno de los materiales más valiosos e interesantes para el conocimiento de cómo la esclavitud fue un importante instrumento para apoyar el crecimiento del capitalismo mundial.

El autor, poseedor de un avanzado criterio y de una metodología y conocimientos poco frecuentes de encontrar entre quienes se ocupaban del tema hace más de tres décadas, pudo realizar profundos análisis sobre este innegable, difícil y complejo fenómeno social, cuya influencia alcanzó prácticamente a todos los aspectos del mundo moderno.

En sus reflexiones, Williams analiza los factores que estimularon e influyeron decisivamente en la formación del mercantilismo, especialmente aquéllos que afectaron las corrientes comerciales originadas entre la metrópoli británica y sus colonias americanas, tanto continentales como del Caribe. Asimismo, nos permite entender por qué las nuevas fuerzas productivas del imperio de su Graciosa Majestad consideraron indispensable cimentar su prosperidad en la esclavitud, a partir del siglo XVI, precisamente mediante el mecanismo de las plantaciones del Caribe.

La plantación esclavista fue la herramienta fundamental del capitalismo comercial. Este último alcanzó su plena consolidación y auge durante los siglos XVII y XVIII. Su declinación fue consecuencia de la aparición de nuevas fuerzas productivas generadas por el propio mercantilismo. A partir de las últimas décadas del siglo XVIII se inició la liquidación del monopolio mercantil y la abolición del "infame tráfico humano", requisitos para la prosperidad de la siguiente etapa del capitalismo.

Williams presenta en los primeros capítulos de su trabajo las dificultades de los británicos para conservar las islas del Caribe que le habían arrebatado al poderío español durante los siglos XVI y XVII. Estas islas era Jamaica, Trinidad y Tabago, Barbados, Antigua, Dominica y Guayana Británica.

A esos territorios pronto se les utilizó bajo el sistema de plantaciones azucareras. Fue la propia Corona la que estimuló a navieros y gente de confianza para organizar esas explotaciones, que requirieron de cuantiosa mano de obra esclava y semiservil, y en las que inicialmente sólo se produjeron melazas. Fue posible financiar los elevados costos de esa producción merced a los espléndidos beneficios derivados del monopolio mercantil.

El autor nos hace saber que a falta de abastecimiento regular de otras fuentes de mano de obra, los colonos británicos del Caribe hicieron prosperar sus plantaciones recurriendo al abastecimiento de la metrópoli. Durante largos decenios se proveyeron de los necesarios esclavos y sirvientes blancos en presidios y tabernas.

Con la prosperidad de las plantaciones azucareras, los pequeños territorios insulares del Caribe cobraron una importancia inusitada para la vida económica, política y social británica.

Sin duda, fueron los plantadores o "colonos" antillanos quienes obtuvieron la parte más importante de los beneficios inmediatos del sistema, y a quienes correspondió la representatividad de las supuestas bondades del mismo. Sin embargo, el comercio de esclavos y melazas también fue la base para el ascenso de comerciantes, navieros, empresarios refinadores de azúcar, destiladores de ron, fabricantes de herramientas, armas, utilajes, artículos de consumo diversos, y telas de lana y algodón. Elite que se concentraría en Bristol, Liverpool, Londres y, en menor medida, Glasgow. Puertos que, hasta la

entrada en escena de los recursos y el comercio del Caribe, apenas pasaban el nivel de pequeñas ciudades. A su vez puntos de concentración del capital que, en la segunda etapa del capitalismo, harían la prosperidad de los grandes centros fabriles, especialmente Manchester.

La prosperidad de la burguesía británica se inició con el llamado comercio triangular que estaba organizado de la manera siguiente: se enviaban productos manufacturados de la metrópoli británica (herramientas, barras de hierro, armas, textiles de lana y algodón, licores y los propios buques con sus respectivas dotaciones y utilaje), a las costas africanas occidentales. Allí eran cambiados por esclavos negros, los que a su vez eran trocados por melaza a los plantadores del Caribe. A estos últimos también se les aprovisionaba de toda suerte de bienes de consumo pues las Industrias Occidentales estaban deliberadamente sobreespecializadas en la producción de melazas.

En esta parte del texto, resulta magistral la descripción del elevado nivel social que la élite de plantadores alcanzó en la metrópoli y la soberbia arrogancia de los "colonos" antillanos que adquirieron, sin graves problemas, los títulos nobiliarios que les hacían falta para ser aceptados por la vieja aristocracia inglesa.

El autor también señala que la demanda de azúcar refinada se incrementó constantemente, lo que incidió en el comercio de esclavos, en el agotamiento de tierras de las plantaciones y en el consiguiente descenso vertical de los rendimientos. Esta caída fue compensada por la severidad con que se mantuvo el monopolio del dulce y con la conservación de los elevados precios de venta.

Durante el siglo XVII la metrópoli británica cada vez fue menos capaz de satisfacer las necesidades de consumo de las preciadas islas del Caribe. Función que gradualmente fue transferida a las "pobres e inútiles" colonias de la costa atlántica norteamericana, las que pasaron a ocupar lugar prominente en el abastecimiento de los siguientes artículos: trigo, harina, frutas, licores, pescado, avena, maíz, arroz, ganado mayor y menor, jabón, velas, verduras, lácteos y madera. Estos productos eran transportados en buques propios y tripulados por habitantes de esas colonias.

El comercio de las colonias norteamericanas pronto se extendió del Caribe a las colonias francesas y españolas de la región. Ello provocó el primer auge económico de las trece colonias y decidió el destino de la naciente burguesía comercial y agraria de Nueva Inglaterra.

Interesa destacar la explicación dada por Williams del choque de intereses entre los colonos del territorio continental norteamericano y la metrópoli británica, que finalmente llevó a la independencia y constitución de Estados Unidos.

La organización del nuevo país coincidió con una revolución de las fuerzas productivas en la metrópoli. El monopolio mercantilista no sólo dejó de ser útil sino que se convirtió en freno. Paradójicamente, las colosales acumulaciones de capital del monopolio mercantilista financiaron la nueva etapa industrial, que estaba fincada en la transformación mecánica del algodón y en la industria siderúrgica. El desarrollo de estas dos ramas tuvo efectos multiplicadores en

los transportes y la minería, especialmente la carbonífera. También provocó un acelerado proceso de urbanización.

Por su parte, los franceses organizaron en el Caribe durante el siglo XVIII la colonia de Santo Domingo, la que se convirtió en un competidor importante de los británicos, a quienes rápidamente desplazó del abastecimiento del dulce del área continental europea.

A medida que creció el abastecimiento de los colonos norteamericanos, los colonos antillanos se interesaron por invertir en propiedades y empresas de Nueva Inglaterra. Los caribeños pagaban las importaciones de artículos norteamericanos con melazas, las que los colonos norteamericanos transformaban rápidamente en azúcar y ron que colocaban, ilegalmente, en los mercados metropolitanos vía el propio sistema monopólico.

El monopolio azucarero consiguió finalmente que las importaciones de artículos norteamericanos no se pagaran con melazas del Caribe. La prohibición fue tranquilamente burlada mediante el contrabando, en el cual fueron cómplices los colonos continentales y los antillanos. También se restringió el acceso a las Indias Occidentales de los notables excedentes de bienes de consumo de los colonos de Nueva Inglaterra. Esto tampoco fue un obstáculo grave para los comerciantes y marinos de las colonias norteamericanas ya que, además del contrabando en el propio imperio británico, desarrollaron contactos con los colonos franceses (aun en época de guerra), quienes buscaban romper las restricciones del monopolio comercial galo.

Como consecuencia, una vez más, las melazas subrepticamente obtenidas por los norteamericanos en pago de sus exportaciones se convertían en artículos que competían ventajosamente con la producción del monopolio británico.

A medida que los intereses norteamericanos en el Caribe se expandieron, el Parlamento británico dio muestras de mayor dureza hacia los colonos de Nueva Inglaterra. En ello influyó, sin duda, un grupo de favorecedores del monopolio azucarero que existía desde mucho tiempo antes en el Palacio de Westminster. Desde el Parlamento se criticó acremente la competencia "desleal" que hacían los colonos norteamericanos a la venta monopólica del dulce y el ron. La posición del aparato legislativo metropolitano llegó a ser tan intransigente que se catalogó a las colonias continentales de "estorbo", en comparación con las ricas islas del Caribe.

En 1733 el parlamento aprobó la "Ley de Miel" que prohibía a los colonos norteamericanos realizar exportaciones a las islas británicas del Caribe. Gran triunfo pírrico del monopolio azucarero. En opinión del autor, los vehementes intentos para poner en vigor la citada Ley condujeron directamente a la revolución a la joven burguesía de Nueva Inglaterra.

Además, a juicio de Williams, la independencia estadounidense fue el golpe que liquidó al sistema mercantilista e inició la decadencia del dominio británico en las Indias Occidentales. Inmediatamente se incrementó el comercio entre Estados Unidos y las Indias Occidentales. Los intereses británicos, entonces totalmente volcados hacia las riquezas de las Indias Orientales, fueron desplazados.

Pocas décadas después tendría lugar una nueva conyun-

tura que beneficiaría aún más a la economía estadounidense. Las flotas francesa y española quedaron destruidas como consecuencia de las guerras napoleónicas. Ello dificultó enormemente la comunicación de ambas potencias con sus posesiones americanas, particularmente las del Caribe, que quedaron a merced del poderío británico. En ese momento, la respetable flota comercial estadounidense se hizo cargo del transporte de las mercancías y las comunicaciones que dichas metrópolis y sus colonias necesitaban urgentemente.

En esta época las plantaciones azucareras de las islas británicas del Caribe se encontraban en graves apuros financieros debido a la competencia francesa, cuyas plantaciones rendían cinco veces lo que una británica.

La Corona británica aprovecha la coyuntura para desplazar definitivamente su centro de interés de las Antillas al Océano Indico. "El Caribe dejó de ser un lago británico."

La Revolución industrial y el vuelco de los intereses británicos hacia áreas con perspectivas más prometedoras determinaron que los políticos ingleses dejaran avanzar las hasta entonces contenidas tesis abolicionistas en contra de la esclavitud. Ya no era necesario mantener el sistema esclavista pues ya no existía interés en las Indias Occidentales, donde ese sistema era la clave y sustento de las explotaciones azucareras. Además, la independencia de las antiguas trece colonias disminuyó considerablemente el número de esclavos existentes en el imperio.

En el curso de las cinco décadas siguientes los abolicionistas británicos lograron su objetivo. Sin embargo, el proceso conllevó nuevas contradicciones, al demandar las nuevas manufacturas mecánicas inglesas el abastecimiento creciente y en gran escala de algodón. Ello propició el auge de Manchester, pero también el de las plantaciones esclavistas algodoneras del sur de Estados Unidos. El algodón, materia prima indispensable, estuvo en el centro de la gran *entente* británico-estadounidense del siglo pasado.

La agonía del esclavismo se prolongó hasta las primeras décadas del siglo XIX. El azúcar siguió perdiendo importancia en los círculos de decisión política del imperio. Se produjeron revueltas siguiendo el ejemplo haitiano en Jamaica, Barbados y la Guayana Británica. Las fuerzas armadas inglesas apenas pudieron conjurarlas y sofocarlas.

Como signo de los nuevos tiempos, los antiguos beneficiarios del esclavismo en la metrópoli: empresarios comerciales e industriales azucareros, de paños, de la siderurgia y del transporte, se volvieron airados contra el "infame comercio". Presionaron para que las tasas impositivas de que se beneficiaba el monopolio de las Indias Occidentales se igualaran con las que pesaban sobre el dulce ahora proveniente de las Indias Orientales.

El renovado imperio fincado en las máquinas requería del trabajo asalariado, aunque sólo dentro de los límites del propio imperio. En cambio, cerró los ojos a fin de no dejar de beneficiarse con el azúcar y el tabaco, además del algodón, que producían los esclavos en Brasil, Cuba y el sur de Estados Unidos. Los intereses del capitalismo industrial británico llegaron a estar tan entrelazados con el esclavismo estadounidense que, en 1862, cuando estalló la guerra civil, la Corona estuvo a punto de reconocer a la república esclavista. *Leopoldo González Aguayo.*

obras recibidas

Michel Aglietta

Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos, trad. del francés de Juan Bueno, Siglo XXI Editores, México, 1979, VII + 345 páginas.

Sergio Alcántara Ferrer

Industrias colectivas del pueblo: un estudio de caso sobre industrialización rural en el sur de Jalisco, cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos (CES), núm. 25, El Colegio de México, México, 1979, 50 páginas.

Alfonso Ayensa

Repertorio bibliográfico de ciencia y tecnología, vol. V, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 1979, 339 páginas.

Peter J. Buzzanell

Coffee Production and Trade in Latin America, Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Washington, 1979, 82 páginas.

Centro de Estudios Internacionales

Indocumentados. Mitos y realidades, El Colegio de México, México, 1979, 238 páginas.

Centro de Estudios Uruguay-América Latina, A.C.

Cuadernos de Marcha, segunda época, año 1, núm. 1, México, mayo-junio de 1979, 142 páginas.

Coordinación General del Sistema Nacional de Información, Secretaría de Programación y Presupuesto

Anuario estadístico de los Estados Unidos Mexicanos, 1975-1976, Secretaría de Programación y Presupuesto, México, 1979, 994 páginas.

Enrique Florescano (comp.)

Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina, 1500-1975, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, 438 páginas.

Pablo González Casanova y Enrique Florescano (comps.)

México hoy, Siglo XXI Editores, México, 1979, 419 páginas.

Gloria González Salazar

Aspectos recientes del desarrollo social de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, 387 páginas.

Henryk Grossman

Ensayos sobre la teoría de las crisis. Dialéctica y metodología de "El capital", Ediciones Pasado y Presente, cuaderno 79, México, 1979, 284 páginas.

Javier López Moreno

La Reforma Política en México, Centro de Documentación Política, A.C., México, 1979, 304 páginas.

Mario Margulis

Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor, serie Jornadas, núm. 90, El Colegio de México, México, 1979, VI + 137 páginas.

Viviane B. de Márquez (comp.)

Dinámica de la empresa mexicana: perspectivas políticas, económicas y sociales, El Colegio de México, México, 1979, VIII + 442 páginas.

Viviane B. de Márquez

Tensiones estructurales y diferenciación en las organizaciones: ¿un caso de acumulación teórica?, cuadernos del CES, núm. 11, El Colegio de México, México, 1979, 32 páginas.

Mariano Otero

La cuestión social y política en la República, cuadernos de CAUSA, núm. 15, Centro de Documentación Política, A.C., México, 1979, 131 páginas.

José Luis Reyna

Control político, estabilidad y desarrollo en México, cuadernos del CES, núm. 3, El Colegio de México, México, 1979, 30 páginas.

Rosario Scarpatti y Laura Pennacchi Brienza

I processi d'integrazione in America Latina: modelli proposti, Instituto Italo-Latino Americano (IILA), Roma, s.f., VIII + 87 páginas.

Fray Melchor de Talamantes

Argumentos en favor de la independencia de México, cuadernos de CAUSA, núm. 14, Centro de Documentación Política, A.C., México, 1979, 97 páginas.

Víctor L. Urquidi y José B. Morelos

Población y desarrollo en América Latina, El Colegio de México, México, 1979, x + 481 páginas.

Varios autores

La reforma del sistema monetario internacional. Problemas e implicaciones para América Latina, mesa redonda organizada por el IILA, Roma, 26-27 de junio de 1973, 212 páginas.

Relaciones económicas entre la Comunidad Europea y América Latina, IILA, con los auspicios del Gobierno de Uruguay, y la participación de la Comisión de las Comunidades Europeas, Roma, 1974, x + 364 páginas.

James W. Wilkie

La Revolución mexicana (1910-1976). Gasto federal y cambio social, trad. del inglés de Jorge E. Monzón, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, 566 páginas.

Silvio Zavala

El servicio personal de los indios en el Perú (extractos del siglo XVII), t. II, El Colegio de México, México, 1979, VIII + 299 páginas. □